

Mi Tierra Extraña

Miguel Luis González

Para Dalia

por convertir esta tierra extraña en un hogar

Para Alex y Dani

por llenar de vida nuestro hogar en esta tierra extraña

Diciembre 2020

1ª Edición © 2020 Miguel Luis González

Cubierta: Yera Ibarria

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial del material protegido por estos derechos de propiedad intelectual, o su uso en cualquier forma, o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación, transmisión o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor.

Los hechos y personajes de esta obra son ficticios, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

ISBN 978-1-6504-8479-2

Código Safe Creative 2002123298188

Índice

<i>Primera parte</i>	1
Gatwick Airport	3
Antón Martín	9
Gran Vía	17
Argüelles	25
Tribunal	41
San Bernardo	55
Atocha	63
Banco de España	73
Prosperidad	87
<i>Segunda parte</i>	105
Begoña	107

Ramón y Cajal	117
Forest Hill	125
Tirso de Molina	141
Sevilla	149
Bilbao	157
Cercedilla	165
<i>Tercera parte</i>	181
Ópera	183
Batán	193
Ciudad Universitaria	205
Pozuelo	213
Barrio del Pilar	223
Alonso Martínez	229
Aeropuerto Rodríguez Zapatero	241
Príncipe Pío	247
Epílogo	259
Glosario	261

Primera parte

Gatwick Airport

A mi alrededor, cientos de personas iban y venían tirando de su equipaje. Estaba en un asiento con los pies sobre mi maleta cuando una notificación en el reloj me confirmó que saldría sin retraso. El vuelo IB-2312, programado a las 12:10 del 12 de septiembre de 2035 con destino a Madrid-Rodríguez Zapatero, aún tardaría una hora en salir. Me era imposible llevar la cuenta de las ocasiones en que había estado en Gatwick anteriormente; de hecho, no recuerdo la primera vez que estuve allí. Mis padres me contaron decenas de veces que fue desde ese aeropuerto, siendo yo un bebé, cuando viajamos una Navidad a que me conocieran mis abuelos.

Tenía dieciocho años recién cumplidos, pero no muy claro ni quién era ni tampoco quién quería ser, y esperaba que este viaje me ayudara a dar respuesta a esas preguntas. No fue fácil ni simple encontrarlas, aunque en su búsqueda resolví misterios que en aquel momento no conocía, pero que pusieron patas arriba las vidas de las personas que más quería.

Los cambios que sufría la zona comercial de Gatwick formaban parte de esa sensación de que el tiempo corría como rodando cuesta abajo sin freno, igual que las tiendas que abrían para sustituir a otras en el barrio del extrarradio de Londres en el que vivía

desde que tenía memoria. Unos locales abrían sus puertas y otros las cerraban, intentando seguir el ritmo de una sociedad que se cansaba demasiado pronto de todo, que de lo único que no se hartaba era de ese cambio constante orquestado por un sistema que se rompía si dejaba de girar, como una bicicleta de piñón fijo.

En cambio, viajar en avión seguía siendo parecido a como lo recordaba desde pequeña: guardar en mi reloj el código para pasar a la zona de embarque, escanear mis pocas pertenencias y tragar saliva antes de cruzar el arco de seguridad. Al menos con los escáneres de tomografía ya no me hacían abrir la maleta, como en la ocasión en que me morí de vergüenza cuando delante de papá y otros ojos extraños me revisaron el equipaje de mano y rebuscaron entre mi ropa interior.

Lo que hacía diferente aquel viaje era que no me acompañaban ni mis padres ni mi hermano pequeño. Tan sólo una vez fui en avión sin mis padres: éramos un grupo de cinco o seis menores que iba solo y una azafata nos acompañó durante la espera hasta el momento del embarque, donde la tripulación de cabina se encargó de nosotros. Nuestros padres, unos divorciados, otros enfermos, y la mayoría —como en mi caso— trabajando demasiado, nos mandaban de vacaciones con nuestros abuelos u otros familiares. Cuando hice ese viaje para pasar una Semana Santa con mis abuelos Ismael y Marisa, fue probablemente la primera vez que sentí que no era la única que no terminaba de pertenecer a ningún sitio. Nos contábamos por cientos de miles los hijos de esa generación de españoles que dejó su país para comenzar una nueva etapa en el extranjero, una gran parte en lo que por aquel entonces era Reino Unido.

Mi reloj vibró para indicarme que me dirigiese a la puerta de

embarque XT-21. Tomé aire y me levanté en dirección a la zona de vuelos internacionales.

Me reconocía de alguna forma en España, ese país que hacía casi una década que no visitaba, desde el eclipse de sol de 2026 que fuimos a ver poco después de morir mis abuelos, en una escapada fugaz. Por eso, después de llevar casi toda la vida preparándome para poder cursar la universidad en Inglaterra, pasar noches en vela y horas con tutores practicando pregunta tras pregunta, casi idénticas, para sacar la mejor nota posible en los exámenes para los certificados *GCSE* y los *A levels*, hacía un par de años que me había empezado a plantear que quizás no era ese mi lugar. O al menos, que no lo tenía claro y debía escapar para comprobarlo.

Me daba la impresión de que la cultura que creía mía se me quedaba pequeña y que todos los chicos a los que había besado no eran más que reflejos del mismo modelo en diferentes espejos, personas con expectativas idénticas y sueños similares. Fue entonces cuando agradecí haber dedicado tantos sábados a ir a ese austero y destartalado edificio en el sur de Londres, donde el Gobierno español mantenía un centro para que los hijos de los expatriados pudieran aprobar la reválida a los dieciocho años y cursar la universidad en España. Además, el precio de estudiar en Inglaterra era prohibitivo y la gente solía acabar la carrera con una deuda que tardaría un par de décadas en pagar. Por desgracia para mis compañeros de instituto, desde que se produjo el *Brexit*, ningún británico que no tuviera pasaporte de la Unión Europea gracias a sus padres comunitarios podía ir a estudiar fuera totalmente gratis, como iba a ser mi caso. Además, había solicitado una beca a la que iba a ser mi universidad en Madrid para familiares regresados que me daría algo de independencia económica.

La población de España no había hecho más que disminuir

desde mediados de la década de 2010, porque poca gente se atrevía a formar una familia debido a, entre otras razones, la inestabilidad laboral, y menos aún desde la profunda crisis de los años veinte. El nuevo Gobierno, que mis padres decían eran herederos del 15-M, aunque no terminara de comprender lo que significaba, había iniciado el plan *Juventud con Futuro*. Ayudas radicales a las parejas con hijos y gratuidad de todos los servicios hasta los dieciocho años, y también a los españoles en edad laboral que regresaban tras haber emigrado ellos mismos o sus padres desde principio de siglo. Fue gracias en parte a ese plan que decidí lanzarme a aquella aventura.

Así que, además del esfuerzo de sacar los *A levels* para no dar un disgusto a mis padres, pasé dos años memorizando reyes, batallas, escritores, y leyendo las decenas de novelas que Mr. Gómez, el profesor de literatura, me había recomendado. Hubo muchas que influyeron en la decisión que se hacía realidad ese día: *El Árbol de la Ciencia*, *La Regenta*, *La Casa de Bernarda Alba*, *Los Pazos de Ulloa*... Un país tan mío, pero a la vez tan desconocido y donde nunca estuve más de un par de semanas seguidas, al que conocía más por libros, películas y las batallitas de mis padres que por experiencia propia, pero del que estaba deseando empapar-me.

Pensé que esa mezcla de emoción y vértigo debía ser común a todo emigrante, y que mis padres la habrían sentido también en su momento. Los imaginaba haciendo el camino inverso hacía ya veinticinco años, aunque juntos, ya que se conocieron en un barrio de Madrid del que nunca recordaba el nombre. Emigraron a Londres para trabajar de cualquier cosa y mejorar su inglés, pero poco a poco consiguieron tener una vida de británico medio, y que mi infancia y la de mi hermano se parecieran bastante a la

de mis compañeros de clase. Quizá, con el tiempo debieron de coger desapego a España y suponía que por eso hacía años que no íbamos ni en Navidades ni en verano; justamente desde que murieron mis abuelos, cuando yo era lo bastante mayor como para recordarlo pero demasiado pequeña para entender ciertos aspectos del mundo adulto.

Llevaba unos minutos en mi asiento pensando en la época en la que mis abuelos aún vivían. Fue entonces cuando el avión empezó a tomar velocidad antes de, combatiendo la gravedad, levantar vuelo en dirección a Madrid.

Antón Martín

Lo primero que me impresionó al llegar a Madrid fue aquella enorme y laberíntica estación que se construyó en el centro de la ciudad, a la que no fueron muy originales en llamar «Madrid-Centro», y terminaron a finales de los años veinte.

Salí del subterráneo en la boca de Antón Martín y me dirigí al Hotel Quiroga, donde tenía reservada una microhabitación individual para una semana, tiempo que esperaba fuera suficiente para encontrar piso. Hice *check-in* y, al posar finalmente la maleta en el suelo, me di cuenta de que era la primera vez en mi vida que tenía una habitación de hotel para mí sola. Miré a mi alrededor y vi que tampoco había mucho que celebrar: un pequeño servicio con ducha, una cama limpia pero que resultó demasiado blanda y que ocupaba casi la totalidad de la habitación, y una pantalla colgada de la pared, que estaba vacía excepto por un cuadro de arte abstracto atornillado.

Recorrí el estrecho pasillo que quedaba a un lado de la cama hasta la ventana y, tras conseguir abrirla unos cuantos centímetros, me asomé por ella. El tráfico de la calle Atocha me recibió: multitud de autobuses y coches con el típico zumbido de los motores eléctricos se deslizaban por ambos carriles de la calle. No me sentía con energía para más que tirarme en la cama, así que decidí

echarme una siesta —para ir haciéndome a las costumbres, pensé erróneamente—, y una vez llegó la noche me decidí a salir de la diminuta habitación con el objetivo de explorar el barrio.

A los pocos metros de la puerta del hostel volví a ver el nombre de la antigua estación: «Centro/Antón Martín». Me hizo gracia el nombre en esa pequeña placa metálica con forma de rombo que presidía la boca que entraba en el subsuelo. Casi todas las estaciones de metro de Madrid sonaban a la vez ridículas y grandilocuentes. Visité esta ciudad año tras año cuando era pequeña —y algunos incluso dos o tres veces—, y aun así me sentía tan fuera de lugar... Reconocía acentos, personajes en los nombres de las calles, incluso el olor que escapaba de los bares me traía a la memoria los arroces de papá y las lentejas de mamá.

Al caer aquella noche de mitad de septiembre me invadió una extraña sensación de soledad, familiaridad y lejanía. Echaba de menos el olor de Londres, de mi barrio, de la habitación de la que había estado despidiéndome durante todo el verano. Me pregunté si Beccy, mi mejor amiga, habría encontrado a una nueva confidente en esos primeros días de universidad. Incluso al idiota de Chris, a pesar de que lo hubiéramos dejado hacía ya más de tres meses, también lo echaba de menos... ¡Qué lejos parecía aquel mundo y qué cerca a la vez!

Di un paseo por calles en las que parejas, ancianos, jóvenes y familias se mezclaban en bares, cafés y tiendas de ropa a punto de cerrar. Al cabo de una hora decidí que había sido un día largo y me merecía un descanso.

El listado que me había hecho mi padre —que creció y vivió en esa ciudad hasta que emigró con mi madre a los pocos años de

terminar la universidad, y se hace llamar *experto en Madrid*— me acabó sirviendo de bien poco. Aunque fuera la misma ciudad, las cosas habían cambiado mucho desde que mis padres se conocieron una noche disfrutando de la vida nocturna en los primeros años del siglo XXI. Ni la máquina donde cargué mi reloj con un *pass estudiante* tenía la opción «Metrobús», que según mi padre era la más económica, ni los diez viajes me costaron ocho euros cuarenta como me repitió varias veces.

Antes de llegar a Madrid contacté con varios estudiantes que anunciaban habitaciones disponibles en sus pisos. Me moría de ganas por dar ese paso porque nunca había compartido casa con nadie excepto con mis padres y mi hermano. Además, no me hacía ninguna gracia quedarme más de lo necesario en la habitación de aquel hotel que me resultaba frío y donde nadie sonreía. Una de las cosas que más me llamaba la atención desde que llegué a la ciudad fue lo resignado que parecía todo el mundo que trabajaba de cara al público. No recuerdo ninguna sonrisa cómplice ni en el hotel, ni del asistente de metro que me explicó que «el Metrobús dejó de existir hace veinte años», ni del camarero que me sirvió un café con leche por la mañana en el bar a la vuelta de la esquina, a pesar de que desayuné los mejores churros de mi vida.

Era una sensación de apatía que contrastaba con la alegría que los madrileños solían transmitir. Me parecía sorprendente que tuvieran esa actitud, con ese cielo sin nubes que cubría la ciudad. Me llegaron recuerdos de cuando era una niña y pasaba en Madrid el frío mes de Navidad; frío, pero bajo esa constante bóveda celeste azul que nunca llega a terminarse.

Mi idea era ir esa tarde a la universidad a finalizar la inscripción presencial y firmar los papeles de la «beca Regreso», pero tenía dos pisos que visitar. Había acordado ir a ver el primero esa

misma mañana cerca de Tirso de Molina. Después de un corto paseo llegué a la plaza presidida por las dos bocas de metro, en ella escaseaba la vegetación y había varios niveles con bancos en los que algunos ancianos descansaban sentados, intentando aprovechar al máximo los que estaban bañados por los rayos de sol, duros y penetrantes, a pesar de ser tan temprano. Me dio la sensación de que los edificios se iban a echar encima de la plaza, en la que algunos bares habían colocado sombrillas para proteger a los clientes del sol de final de verano, aunque era aún muy pronto para que las mesas estuvieran cuidadosamente organizadas en el exterior a la espera de los primeros clientes del turno de comidas.

El portal de la casa que iba a ver estaba a unos treinta metros de allí y, a los pocos segundos de pulsar el botón que había junto a la etiqueta desgastada que indicaba «5-D», la puerta se abrió con un sonido estridente. Atravesé un pasillo estrecho y oscuro que daba paso a lo que debía ser un ascensor y una escalera que salía a su derecha. El piso era un quinto y mi reloj marcaba que ya había cumplido con la mitad de los pasos que debía dar ese día, probablemente por haber andado hasta allí. Decidí que contaba como ejercicio suficiente para no sentirme mal por usar aquel artefacto que me esperaba protegido por un enrejado metálico.

Jamás había visto uno así pero, tras pulsar el mugriento botón, que me dejó una sensación pegajosa en el dedo, un mecanismo se activó y al sonido de un motor eléctrico en algún lugar del edificio se unieron unas cadenas en movimiento que trajeron el ascensor hasta el bajo. Cuando alcanzó mi nivel, abrí la puerta con dificultad y bastante fuerza, y luego empujé la cancela interior para acceder al pequeño habitáculo en el que no creo que hubieran cabido otras dos personas. Pulsé el botón de la quinta

planta y mantuve la calma con la esperanza de que el traqueteo que hacía ese aparato al ascender fuera normal.

Al llegar al piso llamé a la puerta que tenía un cartelito con la letra «D» golpeando una pequeña aldaba, ya que no encontré ningún pulsador. Del interior del piso se oyó un «está abierto», así que la empujé y me llegó un fuerte y penetrante olor. La misma voz dijo «cierra y sigue recto por el pasillo, estamos en el salón». Continué unos cinco metros en los que el olor a marihuana se iba haciendo más evidente. Entré en un pequeño salón donde dos chicos y una chica estaban viendo algo en una gran pantalla en la pared y fumaban llenando la estancia de humo.

—Hola, colega, tú debes de ser Sonia, ¿no? Yo soy Marta —me dijo la chica sin levantarse del sofá—. Siéntate, ¿quieres un poco? —dijo ofreciéndome el porro que tenía en la mano.

No sabía cómo reaccionar y le dije que sí. Le di una calada y empecé a toser. En Inglaterra estaba prohibido en espacios públicos desde hacía cinco años y la poca gente que aún fumaba en sus casas usaba aquellos vapeadores tan ridículos.

—Gracias —dije devolviéndoselo—. ¿Puedo ver la habitación?

Seguí a la chica, que debía tener uno o dos años más que yo, hasta la estancia que había al final del pasillo, que no sería más grande que mi pequeño cuarto de Londres. Tenía tan sólo una minúscula y sucia ventana por la que apenas pasaba la luz que provenía del patio interior. Una mesita de trabajo con una silla junto a la pantalla, además de la cama, eran los únicos enseres que había. Como no me sentía con muchas ganas de pasar tiempo en el salón con aquella gente, me imaginé que si decidía quedarme tendría que recluirme largas horas entre esas cuatro paredes.

—¿Qué?, ¿te mola? Son sólo mil euros al mes, electricidad

y agua incluidas. El *Sapo* y el *Patillas* son buena gente, aunque ahora no están muy para charlar —dijo con una risa que bien podría haber sido de una mujer veinte años mayor que ella.

—¿Y el armario? ¿Dónde está? —pregunté, a lo que la chica levantó los hombros en señal de desconocimiento e indiferencia—. Gracias, tengo que ver otro piso más, y ya te digo algo mañana, ¿ok?

Salí a paso rápido de esa casa; la idea de estar un minuto más allí me hacía querer volver corriendo al frío hotel donde había pasado la noche. Bajé a la calle y cogí la línea 1 de metro hasta la estación de Bilbao, donde podría ver el barrio del siguiente piso antes de subir. Estas antiguas estaciones del metro de Madrid, a pesar de tener más de cien años, parecían modernas con sus paredes cubiertas de unas placas metálicas brillantes que les daban un aspecto limpio y luminoso. Además, los pasillos eran amplios y llenos de luz, no como los oscuros y estrechos conductos en forma de tubo que conectaban unas líneas con otras en el metro de Londres.

La macroestación de «Centro», como la llamaba la gente, me traía a la memoria las más grandes estaciones de mi ciudad natal, pero esta había sido construida por completo bajo tierra. La densidad de tráfico nacional e internacional que pasaba por Madrid la hacían una de las más transitadas de Europa, ya que no había múltiples estaciones compartiendo importancia como en otras ciudades, sino que el flujo de pasajeros estaba bastante centralizado. Realmente era un conglomerado de todas las antiguas paradas de la zona más céntrica de Madrid, interconectadas por cintas de alta velocidad, desde Gran Vía al norte hasta Atocha por el sur, y desde Ópera al oeste hasta Banco de España al este. Todas esas paradas de metro habían sido unificadas en una sola,

que incluía suburbano y trenes regionales y de alta velocidad al resto del país y al extranjero. A pesar de que fuera una única estación, las bocas de metro mantenían la doble denominación, por lo que todo el mundo seguía llamándolas por el nombre antiguo a la hora de usarlas como punto de encuentro. Era comprensible, puesto que llevaban siendo una referencia para los madrileños desde hacía más de un siglo.

Una vez salí del metro anduve por los alrededores del segundo piso que iba a ver. Cruzando la calle Fuencarral me encontré en un barrio muy agradable con calles estrechas pero muy limpias y ordenadas que seguían un patrón perpendicular. En el centro se encontraba la plaza de Olavide; al ser ya la una, había al menos seis bares sirviendo comidas a pleno rendimiento. Pedí un plato combinado sentada en una de las mesas de la terraza y disfruté del sonido de los niños jugando en los parques de la plaza, las conversaciones de los grupos adyacentes, y las risas de los amigos que paseaban.

Había quedado a las dos y media para ver el piso en el número catorce de la calle Monteleón. Así que, tras terminarme el plato y sorber el último trago de Coca-Cola, fui caminando a paso lento. Era una pequeña calle de sentido único que salía de Carranza y, a pesar de ser amplia y con una mediana arbolada, tenía un recorrido de menos de trescientos metros puesto que unía la glorieta de Bilbao y la glorieta donde estaba la estación de San Bernardo.

A la hora acordada llamé al interfono y, cuando la puerta se desbloqueó con el ya cotidiano sonido de chicharra, entré al del edificio. En este caso no tuve opción de usar el ascensor porque el mismo tenía un cartel que decía «AVERIADO»; crucé un patio en el que la luz indirecta se colaba rebotando desde el cielo iluminando la ropa tendida. Subí los tres pisos hasta un pasillo que da-

ba al patio interior y llamé a la puerta; con esfuerzo, tirando del pesado bloque de madera maciza, me abrió una chica que debía de tener dos o tres años más que yo. La primera impresión que tuve de esa estudiante alta de melena larga rizada y amplia sonrisa fue de instantánea familiaridad, pero no me imaginaba que sería mi confidente y amiga durante los años venideros. Le ofrecí mi mano para estrechársela.

—Hola, cariño. Eres Sonia, ¿no? Yo soy Rosalía —dijo sonriente antes de darme dos besos, ignorando mi mano extendida.

Gran Vía

A los pocos minutos de entrar por primera vez en el piso ya estaba charlando animada con Rosalía y Andrea, la otra compañera de piso, y creo que yo les caí tan bien a ellas como ellas me cayeron a mí. Tras media hora de conversación, y una vez discutidos los detalles económicos y de convivencia (mil doscientos euros al mes, gastos incluidos, limpieza por turnos de zonas comunes cada semana y el espacio del que dispondría en la cocina), acordamos que me mudaría al día siguiente. Así que cancelé lo que me quedaba de estancia en el hotel y llevé mis escasas pertenencias a mi nuevo hogar.

Mis compañeras de piso parecían un matrimonio, constantemente interrumpiéndose y discutiendo, pero me sacaban una sonrisa con cada frase y me hacían sentir una ternura inesperada. En la habitación contigua a la mía vivía Sandra, que ni salió a conocerme y era «más rara que un perro verde», según Rosalía.

Por toda la ansiedad acumulada, aquella primera noche, sola en mi habitación, me eché a llorar. Algo de tristeza y sensación de desamparo, pero también emoción y orgullo, después de hablar con mis padres y contarles mis logros de los últimos tres días.

Era frustrante que todas las cosas que en Inglaterra daba por sentadas me costaran tanto. Era una sensación parecida a la de

aquella vez que, para fortalecer los músculos tras una semana inmovilizada cuando me lesioné jugando al tenis, tuve que llevar tobilleras con pesas. La actividad más sencilla se veía lastrada por un montón de tareas de las que nunca me había tenido que preocupar. Fuera por la multitud de acentos o por la velocidad de las respuestas, la mitad de las cosas tenía que preguntarlas dos o tres veces. ¡Y mamá le echaba en cara a papá que no vocalizaba al hablar en español! Era tan extraño que, siendo esta mi «lengua materna» me sintiera perdida al comunicarme, a pesar de lo que se habían esforzado mis padres en que «en casa vamos a intentar hablar en cristiano», expresión que nunca entendí. Además, la gente se sorprendía al conocerme por «sonar a guiri» teniendo un nombre y apellidos tan españoles. Deseaba que esa sensación de no poder comunicarme bien con nadie se pasara pronto.

Durante los tres primeros días conseguí inscribirme en la universidad y encontrar piso. Esos primeros pasos fueron muy duros, pero la sensación de estar en mi propia habitación, aunque fuera en un piso que debía llevar construido desde antes de nacer mis abuelos, era de orgullo y de libertad. Tenía las paredes pintadas de un color chillón que serían el escenario de los recuerdos de varias generaciones de estudiantes, y una cocina pequeña pero ordenada en la que daban ganas de ponerse a cocinar. El resto de zonas comunes eran un baño compartido con azulejos de motivos bastante pasados de moda, y un salón casi ocupado por completo por un gran sofá de tres plazas, situado enfrente de la pantalla transparente que estaba instalada en la pared.

No disponía de muchas cosas, ya que había dejado dos maletas en Londres para que me enviaran por *auto-trans* y poder recogerlas en un punto de entrega de Madrid una vez encontrara piso. Nunca había usado este servicio de envío de paquetes por

tubos al vacío y me hacía gracia pensar en mi equipaje viajando por mitad de Francia a cien kilómetros por hora.

Así que, rodeada de cuatro paredes vacías (y muy amarillas), un radiador que debía tener por lo menos decenas de capas de pintura, y una ventana con increíbles vistas a la ropa tendida de todos los vecinos del bloque, me tumbé en la cama que había junto a ella. Es por esa ventana por donde me llegaban conversaciones, olores, gritos y, de vez en cuando, alguna que otra difuminada pincelada de un orgasmo lejano... Parecía una eternidad desde la última vez que alguien me regaló una caricia, y me pregunté si sería fácil ligar en Madrid.

Aunque las clases no comenzaban hasta final de mes, conecté el móvil a la terminal de mi habitación y dediqué un par de horas a investigar el sistema informático de la universidad. Muy pocas veces utilizaba el teléfono porque, al igual que para casi todo el mundo de mi generación, el reloj cumplía con la mayor parte de las necesidades tecnológicas que tenía. Hasta los diecisiete años era ilegal usar un teléfono, y me había acostumbrado a realizar casi todas mis gestiones con mi reloj: mandar y recibir mensajes, orientarme, consultas rápidas, hacer fotos u oír música. Cuando tenía que pasar un rato delante de una pantalla, prefería conectarlo a un terminal y usar el modo escritorio, en lugar de las diminutas nueve pulgadas del teléfono cuando se desplegaba. Por otro lado, era un incordio tener que salir con aquel mamotreto en el bolsillo y a menudo me lo dejaba en casa si salía sin la mochila porque no tenía que llevar nada más.

Investigando las condiciones de la beca, me sorprendió un detalle que no había entendido bien cuando, a principio de verano, hice la preinscripción desde Londres. La ayuda incluía una compensación bastante generosa para el alojamiento porque se sobre-

entendía que tu familia vivía en el extranjero; aunque el requisito para mantenerla era aprobar todas las asignaturas del primer año.

Esa fue la primera de muchas noches en las que oí rumores provenientes de la habitación de Sandra. Las demás compañeras habían salido con unos amigos que acababan de volver de pasar el verano de viaje así que, después de todas las emociones de los últimos días, consideré que me merecía un buen descanso. Usando el altavoz inteligente, programé que la persiana no dejara pasar la luz hasta las nueve, y me dejé llevar por el sueño.

Abrí los ojos al oír los ya cotidianos sonidos que venían del patio de luces al que daba mi ventana. Era una calurosa mañana de domingo de septiembre, de esos últimos ramalazos que da el verano para que no te olvides de que, en teoría, el otoño aún no ha llegado. De repente, oí unos golpes en la puerta: «toc, toc, toc».

—¿Estás despierta? Voy a hacer café, ¿quieres, cariño? —oí susurrar a Rosalía en voz baja desde el pasillo.

—Em, ¡sí! Gracias, salgo en cinco minutos —le respondí.

Aún medio dormida, desbloqueé mi única maleta con el dedo índice y busqué algo que ponerme. Cuando estuve vestida pasé al baño para lavarme la cara; me percaté del color de mis mejillas y le sonreí a mi imagen en el espejo porque realmente tenía bastante buena cara.

Al llegar a la cocina vi que Rosalía había abierto una mesita que estaba enganchada a la pared y una silla plegable a cada lado. Sobre la mesa, una cafetera humeaba y Rosalía sonreía al otro lado de dos tazas de café vacías.

—¿Qué tal tu primera noche en casa? Espero que no te despertáramos ayer al llegar. A Andrea se le va un poco la pinza cuan-

do se toma un par de copas de más. Entra en modo «Andreazilla» como digo yo... Está como una cabra, aunque durante la semana se disfrace de chica responsable.

—Parece que os lleváis muy bien, ¿hace mucho que os conocéis? —pregunté mientras me sentaba.

—El primer día de universidad, hace ya dos años, la reconocí de una de las primeras clases, sentada sola en una mesa de la cafetería. Nos pusimos a hablar y es que, además de ser chicas —que no es lo común en nuestra carrera—, nos caímos súper bien, y aquí seguimos aguantándonos. El año pasado encontramos este piso y nos mudamos juntas con «la monja de clausura»; parece ser que tuvo algún problema con los antiguos compañeros y se fueron, pero desde que vivimos aquí es como si no estuviera —comentó Rosalía, haciendo referencia a Sandra y sirviendo café en ambas tazas—. ¿Quieres leche?

—Eh, sí, una nube, porfa. Perdona, no recuerdo si me dijisteis lo que estudiáis, pero con la emoción de encontrar un piso bonito después del cuchitril que vi en Tirso de Molina se me ha olvidado —le dije un poco avergonzada.

—¡Ja, ja, ja! ¡A veces hasta a mí se me olvida, cariño! Derecho e Inteligencia artificial. Yo quería hacer Electrónica, pero creo que habría aprendido poco; me pasé los años de instituto destripando cachivaches viejos y dándoles nuevos usos. Encima, mi madre no me hubiera pagado la carrera si estudiaba «algo de *frikis*» —dijo cambiando la voz—. Tampoco te puedes esperar mucho más de una viejales del siglo XX de una urbanización del extrarradio de Toledo —dijo medio enfadada Rosalía, mientras sorbía su café solo sin azúcar.

—Por cierto, ¿me puedes enseñar cómo funciona la lavadora? En el hotel no lavé nada y ya tengo casi todo sucio —dije un poco

avergonzada de no saber usar el aparato cuyos botones y ruedas había investigado brevemente la noche anterior.

—Claro, cuando vayas a ponerla te cuento los programas básicos. Me da la impresión de que en Londres no te ocupabas mucho de la casa, ¿eh? No te preocupes, te explico luego cómo funciona todo. A hacer tostadas llegas, ¿no? —bromeó mientras se levantaba, ponía su taza y plato en el lavavajillas y se marchaba a su habitación.

Tras quedarme sola en la cocina empecé a explorar cajones y armarios; la encimera tenía un par de recipientes a rebosar de verduras frescas, y en los cajones había un montón de utensilios y aparatos que jamás había visto. Como buena inglesa, mi conocimiento de la cocina no llegaba mucho más allá de usar el horno siguiendo las instrucciones de un paquete de comida precocinada, hacer sopas o fideos instantáneos con agua del *kettle* —el hervidor de agua—, u hornear la masa de los pasteles que hacíamos en la máquina amasadora. Al tercer armario deduje que alguna debía ser muy aficionada a la pasta porque había al menos diez tipos distintos, y en uno de los huecos más bajos encontré lo que parecían veinte latas de fabada asturiana. Al comprobar que los dos estantes del frigorífico marcados con mi nombre estaban vacíos, hice una nota mental para ir a comprar más pronto que tarde.

Decidí que, a pesar de ser domingo y no tener ningún plan, no debería pasarme el día entero en casa. Nunca pensé que sería tan difícil conjuntar ropa teniendo tan poco donde elegir, pero al no haber traído más de diez prendas era bastante complicado encontrar más de una combinación para cada una.

Salí a la calle tras bajar a pie los tres pisos. El ascensor, por lo que me dijo Andrea, se había estropeado antes de que se mudaran al piso, hacía un año, y no tenían ninguna esperanza de

volver a verlo funcionar. Al abrir la puerta del portal me inundó ese olor a asfalto, tabaco, y perfumes de ambos sexos que llenan el aire de Madrid. La calle donde se encontraba el piso solía estar poco transitada durante el día, ya que los locales que daban a la acera eran, casi en su totalidad, bares que abrían a la hora que la gente termina de trabajar y cerraban cuando la madrugada empieza a extinguirse. Tan sólo llegaba el sonido lejano del tráfico de bicicletas de la calle perpendicular y el suave zumbido de los autobuses de la vía principal en la que desembocaba Monteleón. A menos de cinco minutos de casa tenía dos estaciones de metro de líneas distintas, lo que ponía a mi alcance casi todas las partes de Madrid sin tener que hacer transbordo.

Seguí caminando hacia el sur, dejando atrás floristerías donde parecía que acababa de ocurrir una explosión de girasoles y dalias, supermercados forrados de pantallas con fotografías de los productos en oferta durante esa hora —fluctuaban automáticamente según la demanda y el precio en origen—, y un pequeño restaurante que me llamó la atención, donde el que debía ser el cocinero fumaba en la puerta, atento a los trabajadores que descargaban cajas rebosantes de hielo. Imaginé que dentro de ellas debían encontrarse los ingredientes con los que cocinarían el menú dominical. Seguí caminando y pensé que Mr. Gómez habría estado orgulloso al saber que reconocí algunos de los centenarios autores de los libros que, silenciosos, miraban a los viandantes desde los escaparates del par de librerías-café que quedaban. La que me llamó más la atención fue una que estaba en mi propia calle, *La Vita é Bella*; desde fuera se veían grupos de gente hablando mientras sorbían té o café, personas solas ensimismadas tras un libro o mirando al infinito en una de las dos mesitas que había en la acera. Una melodía de jazz lenta, pero fluida, se esca-

paba por la puerta cada vez que el camarero salía con la bandeja en la mano.

Al cabo de unos veinte minutos, llegué a la Gran Vía y recordé de golpe tantas Navidades andando, por esa calle flanqueada por edificios imponentes, de la mano de papá y de cómo me sentía diminuta ante las mareas de gente abrigada hasta los dientes en busca de regalos, o tan sólo emocionadas de ver la iluminación navideña. De pronto, me invadió un sentimiento de tristeza por estar tan lejos de mis padres y de mi hermano, pero también una tremenda ilusión por poder contarles todo esto que estaba viendo.

Me llamó la atención la cantidad de actividades y grupos mixtos de chicos y chicas que veía caminar y bromear juntos. Quizás fuera mi barrio de Londres o un aspecto cultural de Inglaterra, pero en mi memoria los grupos de amigos eran más homogéneos y los chicos se mezclaban poco con las chicas.

La última gestión que tenía para los próximos días era ir a registrarme en la oficina más cercana del SNS, el Sistema Nacional de Salud, al que pertenecían todos los centros médicos del país.

Me perdí durante el resto del día por aquella ciudad de fachadas dispares, imaginando que, tras cada uno de esos balcones minúsculos de los que tan pronto se asomaba una anciana regando sus flores como se apoyaba un chico en ropa interior para respirar un poco de aire puro, había una historia que merecía ser conocida. En mi barrio de Londres la densidad de población era mucho menor, y por esas calles me daba la sensación de estar rodeada de vida a punto de ebullición. Me sentí como cuando abría el mapa de un parque temático, queriendo explorarlo todo antes de que se fuera el sol... No sabía aún que lo mejor de Madrid se descubre una vez caída la noche.

Argüelles

Bajaba unos escalones enormes aferrada a mi mochila. Cientos de ojos estaban fijos mirando hacia mí, sabía que llegaba tarde a clase, e incluso el profesor me miraba fijamente en silencio. Miraba a uno y otro lado, pero no encontraba ningún asiento libre. Las miradas penetrantes empezaron a cuchichear y reírse. Las carcajadas de pronto se mezclaron las unas con otras hasta convertirse en un sonido estridente que, de golpe, se tornó en la alarma de mi reloj, que descansaba sobre el cargador inalámbrico de la mesilla de noche.

Me vestí y metí en mi mochila todo lo necesario para mi primera clase. Aunque aún generaba bastantes quejas, se había prohibido el uso de aparatos electrónicos durante clases para que los alumnos prestáramos atención y consultáramos la documentación adicional en nuestro tiempo de estudio. Así que tan solo necesitaba un cuaderno y rotuladores, y el teléfono, con el que escanearía mis notas al llegar a casa.

Salí por la puerta corriendo, la primera clase no daba inicio hasta las nueve y cuarto, pero quería llegar con tiempo porque no había pisado mi facultad desde que me inscribí, y me daba miedo no encontrar la clase con el alboroto de estudiantes el primer día lectivo. Tal y como había vivido en la pesadilla de esa noche,

lo que realmente me causaba pánico era llegar tarde y tener cien pares de ojos fijándose en mí al entrar.

Esas últimas jornadas de septiembre no habían hecho honor al llamado veranillo de San Miguel y un aire frío entró en mis pulmones cuando aspiré la primera bocanada al pisar la calle.

Aunque la universidad no me quedaba lejos, tenía que coger dos líneas de metro o dos autobuses si no quería andar media hora larga a paso ligero. Decidí que lo más rápido sería ir en la línea 4 hasta Argüelles y allí coger la 6, la circular, a Ciudad Universitaria. Gracias a bajar corriendo las escaleras mecánicas en San Bernardo llegué a tiempo al primer tren sin mayor problema. Me quedé asombrada al ver la muchedumbre que se apelotonaba en el andén desde donde haría el segundo trayecto. Era una estación peculiar puesto que tenía, además de los dos andenes laterales, uno central, más grande, que daba acceso a los convoyes que llegaban en ambas direcciones. Los tres andenes estaban repletos de gente esperando tras las mamparas de cristal que los protegían de caer a las vías. Tuve que dejar pasar dos trenes ya que todos los vagones llegaban a rebosar y poca gente se apeaba. Al llegar el tercero, me encontraba justo en el lugar donde se abren las puertas para entrar cuando, en el momento de abrirse y apartarme por si alguien tenía que salir —norma protocolaria que había aprendido en el metro de Londres— una chica se me adelantó y se metió en el pequeño espacio que quedaba libre en el vagón, en el preciso instante antes de que la mampara se cerrara.

—¡Eh, que estaba yo! —grité mirando a la chica, ya dentro, quien me respondió con un guiño sacando la lengua mientras se alejaba en el convoy.

Me fijé en que tenía un pequeño tatuaje en el cuello que mos-

traba a dos serpientes entrelazadas que se mordían la cola la una a la otra.

—*Fucking prick* —insulté en voz alta, y seguí pensando en ella el resto del camino hasta mi facultad, dándole vueltas al significado de aquel tatuaje.

Anduve unos cien metros por la Avenida Complutense, a rebosar de estudiantes animados aquellos primeros días de curso, hasta que llegué a la facultad. Desde fuera parecía una de las pocas construcciones modernas; el resto de edificios era o bien de diseño clásico y cuidado, o funcional, gris, y con apariencia de irse a derrumbar de un momento a otro, comidos por las humedades que ennegrecían las paredes. Por lo que leí en el material de bienvenida *online*, el edificio donde cursaría mi carrera había sido reformado hacía cinco años para que fuera neutro en emisiones de carbono. Toda la comida sobrante de la cafetería se procesaba en un generador de electricidad, las ventanas tenían paneles solares traslúcidos con unas estructuras alargadas acopladas encima de ellas que, al parecer, giraban según la época del año para bloquear o para dejar pasar la luz y controlar la temperatura del interior del edificio.

El ambiente a la entrada del aula magna reservada para aquellos primeros cursos en los que se matriculaban cientos de alumnos —la mayor parte de los cuales no seguiría allí al año siguiente debido a las estrictas leyes de permanencia— era de un extremo bullicio. Los recién llegados alumnos formaban grupos de dos o tres y parloteaban sin parar. Aunque cada vez había menos cosas que se me escapaban al oír hablar español, se me hacía imposible seguir ninguna conversación. Me dio la impresión de que, al igual que sucedía en Inglaterra, los jóvenes moldeábamos el lenguaje in-

troduciendo palabras y expresiones para que nuestros padres no terminaran de saber qué estamos diciendo.

De repente, al tiempo que atronaba un sonido de campana por un altavoz empotrado en el techo, la pantalla de tinta electrónica de la pared que había justo encima del marco de la puerta parpadeó durante una décima de segundo y mostró en grandes letras:

FUNDAMENTOS DE ELECTRÓNICA

GRUPO C. 9:15 - 11:15

Al entrar me sentí increíblemente pequeña. Unas treinta hileras de mesas se desplegaban ascendiendo hasta la entrada desde el lugar donde dos enormes pantallas presidían el aula. Mr. Gómez me había explicado cómo funcionaban algunas asignaturas en España y no tenía nada que ver con lo que veía allí. Era una clase magistral, aquellas en las que el profesor exponía un tema durante una hora, seguida de un fórum dirigido, con preguntas a los alumnos para crear conversación y debate. No eran muy habituales, pero esa era una de ellas. Pocos profesores creían que fuera un buen formato, pero al existir libertad de cátedra, había aún muchos que seguían anclados a aquel sistema con el que era más que probable que hubiera estudiado la generación de mis padres.

En el caso de la asignatura en la que me encontraba, se componía de catorce casos prácticos, uno por semana. Asistir a esa clase y aprobar el cuestionario posterior era requisito indispensable para poder acceder a los siete primeros, con otra clase magistral antes del resto. Las demás asignaturas constaban únicamente de los casos prácticos con preparación previa *online*.

Sentí cómo el nudo del estómago se empezaba a deshacer, y me dirigí hacia un lateral de la clase, a unas diez filas de las inmensas pantallas, donde había un chico con la cara cubierta de acné que, me fijé, tenía un bloc de notas con varias secciones identificadas con pequeñas pestañas de colores.

Me senté en un asiento cercano, dejando un espacio libre entre ambos, pero al ver que más chicos y chicas seguían llegando y la clase se iba a llenar, creí conveniente sentarme a su lado para no dejar huecos sin ocupar.

—¿Te importa si me siento aquí? —le pregunté señalando el asiento que había libre entre ambos.

—Eh, no, claro —me confirmó, tras apartar un par de hojas escritas que desbordaban su espacio.

De cerca, me dio la impresión de que era un chico bastante mono. Durante los pocos instantes en que te miraba fijamente, lo hacía con unos ojos de un verde intenso.

—Me llamo Sonia, ¿es tu primer día también?

—No, llevo una semana en las preparatorias y no me entero de mucho —me dijo avergonzado—. Me llamo Manel.

—Me imagino que es normal, he oído que el nivel es bastante alto —le dije sonriendo mientras colocaba mis rotuladores en fila y preparaba mi cuaderno para tomar notas, que digitalizaría al salir de clase en mi teléfono.

El murmullo bajó de intensidad de repente, el profesor acababa de hacer presencia en la clase. Era un hombre de unos cincuenta años, con una sonrisa increíblemente juvenil. Vestía un pantalón vaquero viejo y un jersey color turquesa del que sobresalía la mitad del cuello de una camisa. Andaba con un paso que bien podría ser el de alguien que pasea por el bosque sin más preocupación que no salirse del camino. Miraba al suelo al tiempo que

hacía un gesto con la boca como si estuviera silbando una melodía ensimismado, pero por el murmullo no sabía decir si estaba entonando algún sonido o no.

Cuando llegó a la mesa, dejó su cartera de cuero, la abrió con parsimonia y solemnidad, probablemente un movimiento decenas de veces ensayado, y tomó un bolígrafo que se colocó en el bolsillo del jersey sin levantar la vista del suelo. Se sentó en la mesa de un salto y, al mirar al frente, su cara dibujó un gesto que me provocó una sonrisa; en un solo movimiento se hizo el sorprendido y su expresión mudó como si acabara de descubrir a un viejo amigo al otro lado de la mesa.

—¡Oh, vaya! Ya decía yo que olía fuerte aquí —bromeó, y vi cómo se formaban arrugas en la comisura de sus ojos al sonreír—, mi nombre es Eduardo, pero no creo que me dé por aludido si no me llamáis... Edu. Creo que para muchos de ustedes esta será su primera clase en la... Universidad. Como saben, las leyes de permanencia son duras y tienen un duro año por... delante. Si quieren un consejo: intenten... disfrutar lo máximo posible.

Un murmullo empezó a elevarse entre los alumnos del aula. A los pocos segundos siguió hablando en el mismo tono calmado, que fue más efectivo en acallar el runrún que si hubiera golpeado la mesa con la palma de la mano.

—Durante las próximas dos horas hablaremos sobre transistores, circuitos resonantes, líneas de transmisión y, mi tema... preferido, puertas lógicas de la familia *MOSFET* —conectó su teléfono al terminal de la mesa y con cada toque que daba a su reloj fueron apareciendo los temas en las gigantescas pantallas que había detrás de él y que ocupaban toda la pared—. No se preocupen, si han leído el cuestionario previo todo debería... sonarles, y estaré encantado de recibirles en mis horas de tutoría si algo se les...

atraganta. Como saben, después de la exposición les haré preguntas que se asignarán... al azar. El objetivo no es puntuarles, sino que todos... aprendamos más, incluido yo, quién sabe.

Eduardo, Edu, tenía la costumbre de hacer pausas aparentemente aleatorias en sus frases. No terminaba de tener claro si era para controlar un problema de tartamudeo o formaba parte de una estrategia para mantener la atención de los ciento veinte alumnos que tenía enfrente.

Acto seguido, y después de un par de pulsaciones rápidas, ambas pantallas se oscurecieron por completo. Durante una hora el profesor hizo una decena de simulaciones en el inmenso circuito en que se habían convertido las pantallas, explicando la utilidad de componentes electrónicos, sustituyéndolos unos por otros, y contando anécdotas.

—Bien, ahora llega la parte más... participativa. Por favor, identifíquense con el terminal de sus mesas, si no lo han hecho ya.

Mi corazón empezó a latir más rápido que de costumbre y noté cómo se me formaba un nudo en el estómago mientras dejaba mi reloj sobre el sensor del lateral de mi pupitre. Según los alumnos seguíamos sus instrucciones, todas las mesas se fueron iluminando de un sutil tono verde.

—Señores, ¿qué sucede si duplicamos el *valor beta* del transistor de la izquierda del... circuito? —preguntó.

Pulsó un botón situado en el lateral de la mesa y, al instante, en uno de los asientos de la fila justo debajo de la mía, un par de bandas a ambos lados se iluminaron de color rojo para indicar que era ella la que tenía que responder a la pregunta.

—Señorita... María Escudero —dijo mientras leía algo en la pantalla integrada en su mesa—, ¿sabe usted la... respuesta?

La chica, de puro nerviosismo, empezó a agitarse en su asiento como si quisiera que se le tragase la tierra.

—Eh... creo que... se activaría el motor. Creo... ¿no? —anunció con vacilación.

—¡Vaya, así es! Veo que estaba prestando atención, ¡sí, señora! ¿Y qué tensión habría en la base del transistor de la derecha... si hacemos ese cambio? —preguntó rápidamente, tras lo que pulsó de nuevo el botón—. ¿Señorita Soler?

Mi mesa se iluminó de rojo y noté cientos de ojos volverse hacia mí al unísono, me quedé en silencio y tragué saliva.

—¿Le ha comido la lengua el gato? Ande, pruebe suerte; si en el fondo esto es más simple que el mecanismo de un chupete —me dijo el profesor desde los diez o quince metros que nos separaban.

—Mmm... no sé..., creo que... —conseguí pronunciar mientras Manel, susurrando, me dijo «tres coma tres voltios». —TRES COMA TRES VOLTIOS —repetí en un tono que sonó ridículamente alto.

—¡Ja, ja, ja!, casi casi, pero no... Aunque tiene usted una voz... potente, señorita Soler.

Tras pulsar el botón de nuevo se encendió otra mesa, y siguió la ronda de preguntas que, aunque se sucedieron durante casi una hora, se pasó volando entre chascarrillos, simulaciones y un par de cuestiones más que me tocó responder.

—Espero que hayan disfrutado y se sientan con fuerza para las sesiones... prácticas. No se olviden de que tienen hasta el inicio de su primera sesión para aprobar el cuestionario, esta mañana hemos publicado en la red los grupos de trabajo para el resto del... cuatrimestre.

Desconectó su teléfono, lo metió en su bolsillo y volvió a an-

dar hacia la puerta de la clase con ese gesto despreocupado con el que entró. Justo antes de cruzar el umbral de la puerta se volvió y dijo:

—Recuerden que estaré encantado de recibirles en tutoría si así lo... necesitan.

Al acabar la clase me sentía agotada, y me dirigí por el pasillo que daba a la cafetería. Discurría por una pasarela que se elevaba sobre unos jardines y conectaba las aulas con el resto de instalaciones. Según me iba acercando, el rumor de risas y gentío se iba elevando, hasta que realmente parecía como si me encontrara a las puertas de un *pub* un jueves por la tarde.

Al entrar, un fuerte olor a café me golpeó y noté la humedad en el aire debido a las decenas de personas que reían y hablaban a voces. No eran mucho más de las once y media de la mañana pero ya había varias personas con botellines de cerveza en la mano.

—¡Ay, perdona! —exclamó un chico que se chocó conmigo. Me sacaba una cabeza y llevaba dos cubos con varios botellines en cada uno—. Disculpa, no te vi, acaban de cancelarnos la primera sesión práctica y estamos celebrándolo. ¿Quieres una, como disculpa por el golpe? —ofreció el chico amable y sonriente guiñándome un ojo.

—Vale, ¡gracias!

El chico siguió su camino y, de repente, con esa cerveza en la mano, me sentí mucho menos extraña que al entrar. Miré la botella en la que en letras verdes se podía leer *MAHOU* y me fijé en que una mesa se acababa de quedar libre, así que me senté en ella. Tras darle un sorbo a la cerveza, vi que Manel, con quien había compartido en silencio la clase que recién acababa, se me acercaba.

—Hola, Sonia, ¿verdad? *No hi queden taules lliures, puc seure aquí?* —dijo en un idioma que no comprendí.

—¿Disculpa? —contesté confundida.

—Perdona, como te apellidas Soler asumí que eras catalana; no queda ninguna mesa libre, ¿puedo sentarme? —preguntó avergonzado.

—Sí, claro. Uf, menuda clase, qué estrés. Pero la verdad es que me ha abierto los ojos en muchas cosas, tengo ganas de ir asimilándolo todo.

—Yo no me he enterado de mucho, si te soy sincero. No eres de aquí, ¿no? —preguntó bajando un poco la mirada.

Me enterecía ese chico tan tímido, parecía sacado de una serie de adolescentes.

—No, soy inglesa, pero mis padres nacieron en España. También soy española, o eso creo... Ellos viven allí, y yo... Bueno... Ahora vivo aquí, imagino —le dije sin saber muy bien si había colocado las palabras de tal forma que tuvieran sentido.

—Ah, eso explica tu acento —sonrió—, debes ser una de las estudiantes con beca Regreso de las que hablan en las noticias. Yo soy de Barcelona, bueno, de las afueras, Sant Joan Despí, cerca de la tele. Llegué hace unos días... Perdona por lo de los tres coma tres voltios. Estaba seguro de que era la respuesta correcta —dijo volviendo a bajar la mirada a la mesa y a jugar con los separadores de colores de su bloc de notas.

—No te preocupes —sonreí con complicidad—. Nunca he estado en Barcelona, aunque si no recuerdo mal, tengo algún familiar lejano allí. Sólo he estado en Madrid y en Canarias, y por Castilla de vacaciones. Yo llegué hace unas dos semanas —dije.

De repente apareció una chica que andaba con aire seguro y una gran sonrisa, y apoyó sus dos manos en la mesa.

—Hombre, *Manelete*. Te saludé antes en clase, pero estaba muy lejos y ni me viste. ¿Qué? Más caña que en las preparatorias, ¿eh?

—Hola, Laura. Eh... Sí —dudó Manel.

—¿No me vas a presentar a tu novia? —preguntó mientras me guiñaba un ojo; me hizo gracia y decidí callarme y ver cómo se desarrollaba la conversación, al tiempo que le daba un sorbo a mi cerveza.

—No es mi novia. Se llama Sonia y es de Inglaterra —dijo Manel como avergonzado.

—Hola, «Sonia de Inglaterra» —saludó ofreciéndome una reverencia como si fuera un miembro de la familia real inglesa—, yo soy «Laura de Móstoles».

Le di la mano y le dije, en tono socarrón:

—Perdona, Manel no me comentó que su novia era celosa.

Laura se quedó callada, arqueó una ceja, me sostuvo la mirada y, tras unos segundos en silencio en los que me midió mentalmente, se echó a reír.

—¡Ja, ja, ja!, me caes bien, maja. Oye, ¿tú no serás Sonia Soler? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Me parece que estamos en el mismo grupo de prácticas de electrónica, con otra pava más que no conozco, maja. Veo que ya lo estás celebrando —comentó apuntando a mi cerveza—, ¡qué maleducada por no esperarme! ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora vengo! —dijo saliendo de golpe hacia la barra.

Dejó su bolso en la mesa, tenía al menos una decena de chapas que, chillonas, decoraban ambas caras. Reconocí una de la *Naranja Mecánica*, película que había visto en el instituto hacía un par de años; una estrella irregular de cinco puntas; una lengua

roja, y una en la que se leía «SEX PISTOLS» —que me era familiar, pero no identifiqué—. Laura estaba de pie en la barra, tenía el pelo largo, espeso y revuelto, pero con una organización que hacía que su melena cayera salvaje por su espalda. Veía en ella costumbres que siempre había asociado a chicos, aunque era muy femenina en la forma de vestir. Sin lugar a dudas tenía un atractivo con el que debía haber roto algunos corazones en sus años de instituto.

Laura volvió a la mesa, y durante dos horas estuvimos contándonos anécdotas y las razones por las que habíamos acabado en aquella facultad. Manel alternaba, vergonzoso, entre observar sus manos, contestar monosílabos a sus preguntas y mirarnos de reojo a las dos. No tenía muy claro si es que ella le gustaba o simplemente se veía desbordado por la personalidad tan explosiva de la que hacía gala, ya que ella era la que dirigía la conversación entre historias de su barrio, rumores sobre profesores que hacían la vida imposible a los alumnos en las sesiones prácticas, y preguntas sobre mi infancia en Londres. Debían de amontonarse unos doce botellines en la mesa, de los cuales Manel tan sólo había bebido dos, cuando Laura dijo:

—Tengo un hambre que me comería una vaca en un pan grande, ¿*papeamos* algo? He echado un vistazo a la comida que hay aquí, y aunque el precio está de puta madre no hay nada que me llame, maja; ¿nos vamos de raciones por Argüelles? —sugirió Laura.

—Yo he de volver a casa a revisar las notas que he tomado esta mañana —observó Manel.

—Claro, nadie dijo que no puedas hacerlo... ¡Después de las raciones! ¡Ja, ja, ja! —rió, y se levantó cogiendo a Manel del brazo.

No le vi la cara, pero me imagino que debió subir un par de

tonos de rojo. Por los botellines que me había tomado tenía la mente ligeramente nublada, pero me levanté lo más rápido que pude, comprobé que llevaba todo en la mochila, y corrí tras ellos.

—¡Esperadme, que voy con vosotros! —les grité.

Fuimos a paso rápido hasta la parada justo cuando se acercaba el autobús 132.

—¡Este nos vale! —gritó Laura; y corrimos para llegar a tiempo de montarnos.

Después de unos cinco minutos de trayecto, Laura solicitó que el vehículo se parara con un gesto en su reloj, a lo que el autobús obedeció con una leve exhalación del sistema de freno, justo delante de un edificio imponente. Parecía un palacio de juguete construido en una escala incorrecta. Me recordó al Monasterio de El Escorial, que había visitado con mis abuelos de pequeña en uno de mis viajes a Madrid.

—¿Qué es ese edificio? —pregunté.

—El Cuartel General del Ejército del Aire, mi padre es militar —contestó Manel mientras se le iluminaba la mirada.

—Buf, ya me rayaste un huevo el otro día con lo de los militares; venga, por aquí, conozco un sitio que vais a flipar con los precios —dijo Laura, dirigiéndonos por calles en dirección contraria a aquel edificio.

A los pocos minutos, llegamos a unas plazas interiores de varios pisos donde una muchedumbre se amontonaba para conseguir pedir algo en la decena de bares que había abiertos. Enormes vasos de cerveza y de un líquido rojizo pasaban de mano en mano. Aunque era mediodía, era muy poca la luz que llegaba a estas plazas escurbadas hacia el subsuelo con respecto al nivel de calle. Nos introdujimos en un pequeño bar del piso bajo que estaba más va-

cío que el resto, y nos dispusimos a pedir. Una ristra de carteles hechos a mano colgaba por las paredes:

MINI CERVEZA O CALIMOCHO: 10 EUROS

CINCO MINIS: 30 EUROS

20 MINIS = 1 TORTILLA GRATIS

RACIONES: 9 EUROS

HAMBURGUESA: 7,5 EUROS

HAMBURGUESA CON QUESO: 9 EUROS

—Una hamburguesa con queso y un mini de cerveza, por favor —dudé.

—Espera, espera —interrumpió Laura—, de bebida que sean cinco minis de calimocho.

Cuando terminamos los tres de pedir, la mujer que había tas la barra, bajita y con mirada de pocos amigos, tomó nota, repitió nuestra comanda para confirmarla y se fue a la puerta donde, apoyada en la pared exterior, se colocó un cigarrillo en la boca y lo encendió con una mano, sin sacar la otra del bolsillo. Mientras tanto, el que debía de ser su marido, un hombre de mediana altura, con una calvicie incipiente que cubría con un largo mechón de pelo, camisa blanca y un chaleco de lana rojo, abrió un par de bolsas que sacó de un frigorífico que había bajo la barra y colocó las hamburguesas en la parrilla. Al tiempo que el chisporroteo de las hamburguesas y el queso fundido llenaba el local de un olor a grasa desagradable pero delicioso al mismo tiempo, el hombre abrió un par de cartones de vino y una botella de Coca-Cola. Después de echar dos hielos enormes en cada uno de los cinco vasos, que me parecieron ridículamente grandes, vertió esa mezcla de la que nunca había oído hablar en ellos y nos los sirvió derramando un poco sobre la barra.

—Son cincuenta y dos euros y medio. Pero os lo dejo en cincuenta por la cara bonita —sonrió el hombre, mostrándonos sus dientes blancos, relucientes y perfectos, claramente postizos para alguien de su edad.

—Cincuenta y dos. Y medio —corrigió la mujer desde la puerta con voz ronca.

—¡Hoy pago yo los calimochos! —dijo Laura y, acercando nuestras muñecas al terminal, pagamos el resto.

Sentí que ese era un momento especial. Mi primer grupo de amigos en Madrid. Sin plantearme mucho cómo había acabado allí, sonreí, y al brindar con uno de esos enormes vasos en la mano, dejé de pensar en Londres durante el resto del día por primera vez desde que había llegado.